6040
Juicios de Dios

GALERÍA DRAMÁTICA

DE

MANUEL P. DELGADO

COMPRENDE

LAS MEJORES OBRAS DE NUESTROS CLÁSICOS MODERNOS

OFICINAS

PASEO DE RECOLETOS, NUM. 10, PISO PRIMERO

MADRID

16

JUICIOS DE DIOS

JUICIOS DE DIOS

ó

SEGUNDA PARTE DE «EL PUÑAL DEL GODO»

DRAMA HISTÓRICO ORIGINAL

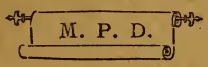
EN UN ACTO Y EN VERSO

POR

D. RAMON DE VALLADARES Y SAAVEDRA

Este drama ha sido aprobado para su representacion por la Junta de censura de los Teatros del Reino en 29 de Marzo de 1849

TERCERA EDICION



PRECIO: UNA PESETA

MADRID
ESTAB. TIP. DE E. CUESTA, Á CARGO DE J. GIRALDEZ
Calle de la Cava-alta, 5
1886

PERSONAJES

Don Rodrigo, *último rey de los godos.*

Abdalaziz, *tercer rey moro de Córdoba.*

Egilona, *mujer de Don Rodrigo.*

Teudia, *noble godo.*

Veremundo, *godo, bajo el nombre de* **Aliatar.**

La accion pasa en el palacio que era de los reyes moros de Córdoba.

Esta composicion pertenece á la Galería Dramática que comprende los teatros moderno, antiguo, español y extranjero, y es propiedad de su editor *D. Manuel Pedro Delgado*, quien perseguirá ante la ley, para que se le apliquen las penas que marca la misma, al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del reino, ó en los liceos y demás sociedades sostenidas por suscricion de los socios, con arreglo á la ley de propiedad intelectual de 10 de Enero de 1879 y publicada en la *Gaceta* del 12 del propio mes y año.

ACTO UNICO

El teatro representa la cámara de la reina Egilona, en Córdoba, en el palacio del rey moro, Abdalaziz; puerta en el fondo y otras dos laterales; junto á la que está á la izquierda del actor, otra, cuya ensambladura deberá estar perfectamente disimulada. La habitacion estará adornada al uso cristiano de aquella época, si bien la arquitectura del edificio deberá ser gótica.

ESCENA PRIMERA

EGILONA, sentada, y ALIATAR, de pié á su lado

EGIL. ¡Ah, nunca! Cesa, Aliatar,
en tu súplica molesta,
que harto trabajo me cuesta
con el corazon luchar;
harto sufrí desde el dia
que á Rodrigo abandoné,
y sobre mi frente eché
la mancha de la falsía.

ALIAT. ¿Y os negais á un mensajero
que os puede acaso aliviar?

EGIL. Jamás podré yo mirar
ese mundo lisonjero.
En la mente eterno dura
aquel recuerdo feroz,
y de contínuo una voz
me está gritando: «¡Perjura!»
pues sin piedad me acomete
aquel instante enemigo

677420

en que á buscar fué Rodrigo
su asilo en el Guadalete.
Le contemplo sin corona
vagando por la ribera,
con voz triste y lastimera
evocando á su Egilona.
Muerta ¡infeliz! me creeria
antes que traidora, infiel...
¡Oh, qué recuerdo cruel!!

ALIAT.. ¡Hoy hace años el dia!
Aun me figuro el combate,
y que, blandiendo el acero,
á mi caballo ligero
le sepulto el acicate;
aun con la lanza enristrada
pienso vengar el desdoro,
y en un moro y otro moro
hundo la punta acerada.
¡Mas era en vano! El traidor
fué, como traidor, astuto,
y al darnos, señora, luto,
nos quiso dar deshonor.
Pero no... por su deshonra
halló en nosotros crisoles,
que siempre los españoles
han mirado por su honra.
Al pensar que allí fuí fiel
con tanto noble infanzon,
y que ahora el corazon
cubre el maldito alquicel;
al pensar que vil desmayo
aquí me vino á humillar,
y que no corro á engrosar
las huestes de don Pelayo,
dudo que sangre cristiana
corra en mis venas de hielo,
que no es noble ¡voto al cielo!
quien sufre una accion villana.

EGIL. ¿Pero olvidas que tu suelo

á mis instancias dejastes,
y en mi pecho derramastes
con tal accion gran consuelo?

ALIAT. ¿Y acaso lo sabe el mundo?
Mas templa la pena mia
pensar que podré algun dia
saciar mi rencor profundo,
y si un traidor al cristiano
entregó por odio ciego,
haga yo trocar el juego
entregando al mahometano.

EGIL. Si amas tu vida, por suerte,
oculta ese pensamiento,
que puede en sólo un momento
acarrearte la muerte.

ALIAT. Aunque vos fuísteis al rey
perjura, no es maravilla,
porque, al fin, con la mancilla
habeis vuelto á vuestra ley. (Momento de pausa.)
¿Os negais al mensajero
que trae nuevas de Rodrigo?

EGIL. ¿Será Abdalaziz testigo
de lo que diga el guerrero?

ALIAT. Y en una misma balanza
vuestro esposo y ese infiel,
¿cuál pesa más?

EGIL. ¡Oh; cruel
estás!

ALIAT. ¡Matais la esperanza
de ese guerrero cristiano
que, noble, constante y fuerte,
desafiando á la muerte,
descubrir quiere un arcano!

EGIL. ¿Y si Abdalaziz supiera
que en tal accion consentia?...

ALIAT. ¡Abdalaziz moriria
como sus labios abriera!

EGIL. Nunca podré yo sufrir
que me refieran su muerte.

ALIAT. Pues bien sufrísteis su suerte
ayudándole á morir.
EGIL. ¡Aliatar, temblad por vos!
ALIAT. ¿Admitís al que os reclama?
UNA VOZ. (Dentro.) ¡Egilona!
EGIL. ¿Quién me llama?
ALIAT. Vuestro Abdalaziz. (Con sarcasmo.)
EGIL. ¡Adios!
ALIAT. ¿Y el mensajero? (Deteniéndola.)
EGIL. Este dia
no...
ALIAT. ¿Mas puede esperar
á mañana?...
EGIL. ¡No, Aliatar! (Váse.)
ALIAT. Señora, bien lo temia.

ESCENA II

ALIATAR, despues TEUDIA

ALIAT. Haces en estremecerte
lo que debieras hacer,
porque, Egilona, á mi ver,
caminas hacia la muerte.
TEUD. ¿Admite verme?...
ALIAT. Tenaz
está, cual nunca la ví.
TEUD. ¿Pero hay esperanza?
ALIAT. Sí...
de hacerla dormir en paz.
TEUD. ¿Cómo?
ALIAT. ¡Callad! ¿Don Rodrigo
ha llegado al pueblo ya?
TEUD. No, mas presto llegará.
ALIAT. Pues de la noche al abrigo
llegar hasta aquí debia...
TEUD. Temo que entre mahometanos...
ALIAT. ¡Jamás temen los cristianos!
Mas si un encubierto espía...

TEUD. ¿Y vos no podeis servir
para este caso?
ALIAT. ¡Pardiez!
¡Nada recelo!
TEUD. Esta vez...
ALIAT. Decidle puede venir. (Resuelto.)
TEUD. ¿Ya sus intentos sabeis?
ALIAT. Estrechad, Teudia, esa mano. (Se dan las manos.)
TEUD. Que sois valiente cristiano,
Veremundo, no olvideis.
Tened presente aquel dia
en que, por negra doblez,
venció nuestra altanería
la chusma morisca, impía,
en los campos de Jerez.
No olvideis que no quedó
en una silla un ginete;
que el reino godo espiró,
y nuestra sangre aumentó
el hundoso Guadalete.
ALIAT. ¡Descansad tranquilamente,
que hace tiempo, Veremundo,
á tan despreciable gente
conserva en el pecho hirviente
rencor inmenso... profundo!
Os juro por mi cabeza
que antes que el rayo del sol
oculte su gentileza,
vengado habré la nobleza
y el suelo hermoso español.
TEUD. Si este proyecto se yerra,
porque olvide la memoria
lo que el corazon encierra...
ALIAT. ¡Que no halle asilo en la tierra,
ni Dios me admita en su gloria!
(Mirando adentro.)
¡Egilona!
TEUD. Sin tardanza
voy en busca de Rodrigo.

ALIAT. Decidle nuestra esperanza.
TEUD. Y ved que de una venganza
el sol ha de ser testigo.

ESCENA III

EGILONA

EGIL. Ve, Egilona, sin tardanza
por tu rica pedrería,
y preséntate este dia
con suntuosa esplendidez,
que hoy del valiente otomano
sólo ocupa la memoria
aquella sangrienta historia
del Guadalete y Jerez.
Hoy recuerda enardecido
que, entre clarines sonoros,
sus robustos sicomoros
aquí en la España plantó;
y gracias dando al Profeta,
entre zambras y alegría,
la fértil Andalucía
por vez primera pisó.
Cielo hermoso, cielo puro,
do las auras entre galas
agitan sus leves alas
de la noche en el crespon;
donde se ostenta sublime
cuanto bello se ha creado;
donde late enamorado
el ardiente corazon.
Ve, que si tambien sufristes
parte del sangriento hecho,
al fin unistes tu lecho
con mi lecho de carmin;
que ya, esclava entre los mios,
en vano es el lloro tuyo...
Ven, que te halague mi arrullo;

te daré galas sin fin.
¿Esto, Abdalaziz, dijistes,
y no escuchastes mi lloro?...
¿De qué me sirve tu oro
faltando mi libertad?...
¿Qué placeres dar podrias
y regocijos al alma,
cuando, perdida la calma,
perdí la tranquilidad?
¿Y yo á mis cárdenos labios
he de asomar la sonrisa,
y mi cabello á la brisa
para que juegue he de dar?...
¡Ah, imposible, Abdalaziz!
Si el placer el alma busca,
un mar de sangre me ofusca
que no puedo separar.
No por amor, por librarme
de horrorosos padeceres,
olvidando mis deberes,
me torné á mi religion.
¡Pues bien! ¿Cumplí tus deseos
é hice grato tu existir?...
¡Oh! No vengas á exigir
lo que niega el corazon.

ESCENA IV

EGILONA y ABDALAZIZ

ABDAL. Os esperaba impaciente,
y advirtiendo la tardanza,
vine á veros diligente,
porqué no alcanza mi mente
por qué matais mi esperanza.

EGIL. Perdonad; pero pensaba
cómo más bella estaria,
y entre mis joyas buscaba
aquella que os agradaba

en más venturoso dia.

ABDAL. Si en vuestro rostro no viera
señales vivas de llanto,
esas protestas creyera.
(¡Por Alá que está hechicera,
y no la quisiera tanto.)

EGIL. Bien conozco, á mi pesar,
que el tiempo de vuestro amor
vino otro tiempo á llevar,
y llegásteis á olvidar
que os sacrifiqué mi honor.
Vos dijísteis: «De su estado
la saqué, y esto es bastante;
si frenética me ha amado,
tambien he sido su amante,
y ambos nos hemos pagado.»
Y en otros más bellos brazos
que en los brazos de Egilona
habeis formado otros lazos...
pero la edad os abona
para hacer mi alma pedazos.
Mis votos, mi condicion...
por vos me olvidé de todo,
creyendo vuestra pasion,
y ayudé con mi traicion
á romper el cetro godo.
Pero haber tanto sufrido,
despues de manchar mi nombre,
esfuerzo grande no ha sido...
¡Las mujeres han nacido
para juguete del hombre!

ABDAL. Cese, Egilona, ese lloro
que aja vuestra tez de cielo,
más reluciente que el oro,
y sabed que yo os adoro
como se adora un consuelo.
Vuestra voz templar alcanza
este pecho embravecido,
pues que sois á mi esperanza

más bella que la bonanza
al navegante perdido.
¡Al quitaros las cadenas,
cedí á un impulso vehemente,
porque al veros entre penas,
sentí correr por mis venas
impetuoso torrente!
Si mostré duro el semblante,
fué por veros enojosa,
cuando os pidió vuestro amante,
que en fiesta tan importante
mostráseis la faz gustosa.

EGIL. Abdalaziz, ¿ignorais
que agudo acero clavais
en mi pecho de ese modo?

ABDAL. Pero, ¿qué razon me dais?

EGIL. ¡Hoy sucumbió el cetro godo!

ABDAL. ¡Y bien! ¿Qué os puede importar
la muerte de la canalla
que nos quiere domeñar?
¡En buena y justa batalla
le vinimos á ganar!
Vuestro padre moro fué,
y vos dejásteis su fe
por llevar una corona...
Pues yo á la patria os torné
poniéndoos otra, Egilona.
Con caricias, con amor
os arranqué de entre mil,
dándoos imperio mayor,
que sois la más bella flor
de nuestro bello pensil.
Del mundo por el Oriente
salísteis para radiar
sola, adorada, vehemente,
y en vano el sol de esa frente
quiso la niebla empañar.
En vano de otra nacion
intentaron nuestra afrenta

con sarcástica intencion,
que al zumbar el aquilon
gimiendo huyó la tormenta.
Ellos dijeron: «Perece
por nuestro intento cruel;»
y vuestro brillo padece,
como una planta que crece
en mefítico vergel.
Vos nacísteis para ser
gala del suelo de Oriente,
para su aroma beber,
y allí gozar del placer
de que goza nuestra gente.
El aire que respirado
habeis entre esos traidores,
es sofocante, abrasado...
es un aire emponzoñado
que deja mústias las flores.
¡Venid, venid... un momento
templad esta angustia loca
que absorbe mi pensamiento...
que yo respire el aliento
que respira vuestra boca!

(Aparece por el fondo el rey don Rodrigo, y observa.)

EGIL. Abdalaziz, donde quier (Arrebatada.)
que vaya vuestra persona,
os seguiré con placer,
porque olvida que es mujer,
en oyéndoos, Egilona.
Vuestra voz dulce me excita,
y es una sombra maldita
la sombra de don Rodrigo.
Vencido mi enojo está
aun más que nunca esta vez...
¡Nada me horroriza ya!

ABDAL. ¿Y el combate de Jerez? (Con intencion.)

EGIL. ¡Oh, tambien placer me da!
¡Si se tornase aquel dia,
y á ese rey que me queria

viera que su accion comete,
yo misma en el Guadalete
para siempre le hundiria!

ABDAL. ¡Dichoso instante!

EGIL. Idos ya;
voy á ponerme galana.

ABDAL. ¿Y espero que no será
vuestra tardanza tirana?

EGIL. Os lo juro.

ABDAL. ¡Bien está!
Mi consuelo, así os queria...
que me sigais al momento.

EGIL. El no veros este dia,
Abdalaziz, me seria
un horroroso tormento.

(Se retira Abdalaziz por la izquierda, y al ir Egilona á coger una caja de joyas, y entrar por la puerta del centro, se interpone entre ella don Rodrigo, alzada la celada.—Momento de terror.—Este cuadro silencioso de unos instantes, pende de los actores.—Don Rodrigo manifiesta una amarga y sarcástica sonrisa, y Egilona el temor y el espanto.)

ESCENA V.

EGILONA y DON RODRIGO

EGIL. ¡Espantosa pesadilla!
¡Abdalaziz! ¡Aliatar! (Con voz ahogada.)

ROD. ¡Espantosa maravilla!
¡Estar luchando en la orilla
y no poderse salvar!!

EGIL. ¡Por piedad!... ¡Por compasion!

ROD. ¡Piedad! ¿Compasion á mí?

EGIL. ¡Oh! ¡Qué vista! ¡Qué expresion!
Traspasadme el corazon
y no me mireis así.

ROD. (Con reconcentrada ira y sarcasmo.)
«¡Si se tornase aquel dia,

»y á ese rey que me queria
»viera que su accion comete,
»yo misma en el Guadalete
»para siempre le hundiria!»

EGIL. ¡Entrañas viles de hiena!
¡Verter la copa en mi seno
cuando el hado me condena
á tener el alma llena
de amarguísimo veneno!
¡En mi sangre una vez, mil,
goza, corazon de roble!

ROD. ¡Desecha el miedo servil,
porque la sangre del vil
mancha las manos del noble!

EGIL. ¿Pues entonces, hombre impío,
quieres mi amor? ¡Necedad!
¡Este corazon no es mio!

ROD. ¿Yo vuestro amor? ¡Desvarío!
¡Miradme bien y... temblad!
Yo mi sayo penitente
no dejé, noble matrona,
para dar un beso ardiente
á la paloma inocente
y purísima Egilona.
No vine de España en pos
para gozar del hechizo
que brindarme podais vos...
yo nunca me postro á un dios
tan frágil y quebradizo.

EGIL. Pues bien; escucha, Rodrigo.
¡Oh; escuchadme...!

ROD. Eso quiero.

EGIL. Partísteis un tiempo, amigo,
el lecho rëal conmigo,
y nuestro amor fué sincero.
Yo os consagraba mi amor,
y os miraba, no es error
que vuestros odios me inspiran,
como los ángeles miran

en el cielo á su Señor.
Si algun desden advertia,
no era un atroz desconsuelo,
porque al fin de vos venia...
era un perro que lamia
cariñoso vuestro suelo.
Nosotros somos así;
amamos y aborrecemos
con vehemente frenesí;
pero jamás escondemos
lo que sentimos aquí. (Señala al corazon.)
Sin el valor del guerrero
para vengar una accion
sol á sol y con acero,
nuestro valor verdadero
reside en el corazon.

RODRIGO. Esos raptos de la mente
los conserva la memoria,
y en esta ocasion presente
los comprende claramente.
Podeis seguir vuestra historia.

EGIL. Mas aquel bien que fascina
trocóse en hiel para el alma,
pues siempre el cielo destina
tras de la rosa, la espina,
la tempestad con la calma.
Rumor siniestro, enemigo,
á correr empezó luego;
mas yo ni un punto lo abrigo,
pues que por vos, don Rodrigo,
hubiera entrado en el fuego.
Vuestra contínua imprudencia
confirmaba tristemente
mi infortunio y mi sentencia,
y la flor de mi existencia
marchitaba lentamente.
¡Hasta que al fin lo que vió
vuestra esposa, desterró
la esperanza; yo os lo digo!

¡Miradme bien, don Rodrigo!
¡Vos sabeis lo que ví yo!
Olvidáronse mis penas,
y sin ver que deliraba,
pensé en atroces escenas,
que corria por mis venas
un fuego que devoraba.
¡Venganza el pecho decia!
¡Venganza fué mi esperanza!
¡Doquiera venganza oia,
y hasta el aire repetia
zumbando airado: «¡Venganza!»
Aquel amor criminal
que á mi esposo sueños brinda,
me inspiró una idea fatal;
pensé en agudo puñal,
en Rodrigo y en Florinda.
Mas viendo que el Conde apresta
en los morunos asilos
una venganza funesta,
dije: «Mi ocasion es esta,
herir por los mismos filos.»

ROD. ¿El desliz de una pasion
á vuestro desliz bastara?
Al que baja un escalon
todos se creen con razon
para escupirle en la cara.

EGIL. Despues...

ROD. ¡Basta ya, Egilona!
Viendo altiva una corona,
aunque de contraria ley,
dijisteis: «Olvido al rey
y al moro doy mi persona,
y me será un parabien
sus recelos combatir
si advierte pena ó desden,
que la mujer finge bien
si se propone fingir.»
¡Oh! Direis en el exceso

de pasion lasciva, loca,
y en estático embeleso,
depositando en su boca
regaladísimo beso:
«Si se tornase aquel dia,
»y á ese rey que me queria
»viera que su accion comete,
»yo misma en el Guadalete
»para siempre le hundiria.»

EGIL. ¡Piedad!

ROD. ¡Pardiez! ¡Y yo entre tanto,
sin ver la lumbre del sol,
derramaba horrible llanto,
sin vasallos, sin mi manto,
y sin mi suelo español!
¡Yo en tanto, sin que tuviera
quien templase mi dolor,
huyendo la carretera,
buscaba extraña frontera
cual mísero salteador!

(Se oyen voces en la puerta por donde se fué Abdalaziz.)

EGIL. ¡Callad! ¡Callad! Ese acento...

ROD. Es Abdalaziz que os llama.

EGIL. Dejad que vaya... un momento...

ROD. Comprendo vuestro tormento
con esa amorosa llama;
pero escuchad; ahora yo
voy á contaros mi historia.

(Se sienta con calma. No cesan los golpes.)

ABDAL. (Dentro.) ¡Egilona!

EGIL. ¡Piedad!

ROD. ¡Oh!
Antes Rodrigo escuchó;
refrescadme la memoria.

ABDAL. (Dentro.) ¡Egilona!!

EGIL. Don Rodrigo,
ved que dispone otra puerta.

ROD. (Con calma.) Cuando aquel hado enemigo
combatir quiso conmigo

en lucha terrible, abierta,
mi siempre fiel Egilona
me dijo: «Ya sé mi afrenta,
mas amo vuestra persona,
y aunque perdais la corona,
el deber solo me alienta.»

ABDAL. (Dentro.) ¡Egilona, voto á Alá!

ROD. Sin duda ese moro está
en un acceso de amor.

EGIL. Mi pecho de vos será;
os lo juro por mi honor.

ROD. ¿Vuestro honor? ¡Ja ja ja!—Sueña...
Pues señor, como decia,
la constancia era su enseña,
cuando se encontraba dueña
de seguir la estrella mia.

ABDAL. (Dentro.) ¡Egilona!!!

EGIL. ¡Horrible muerte
nos aguarda!

ROD. ¿Y qué me importa?
Juguete ya de la suerte,
ni me aterra su voz fuerte,
ni á mi afan los vuelos corta.

EGIL. ¡Dejadme!

ROD. (Levantándose y deteniéndola.) ¡No pasareis!

ABDAL. (Dentro.) ¿Estais con un hombre?

EGIL. ¡Oh!

ROD. ¡Ahora os estremeceis!...
¡Muy bien, muy bien! Padeceis
lo que he padecido yo.
¿De vuestro honor la altivez
buscó distintos estilos
para vengar el doblez?...
Tambien yo digo á mi vez:
«Herir por los mismos filos.»

EGIL. (Observando.) Suenan pasos... sí... ¡Ya viene!

ROD. ¡Que venga!

EGIL. (Observando.) Cesó el ruido...
¿La llave secreta tiene...

y ese puñal se detiene?
¡Matadme, sí, yo os lo pido!

ROD. Aunque una vez, ciento, mil,
lo pidais con pena doble,
que no haya miedo servil,
porque la sangre del vil
las manos mancha del noble.

EGIL. ¡Ahí está!

ROD. ¿Vais á turbaros?
¡Pero no os turbareis, no!...
(La agarra por el brazo, y la arrastra hasta la puerta de la izquierda, por donde sonaron los golpes y la voz del moro.)

EGIL. ¡Al fin consentís vengaros!

ROD. ¡Quiera el cielo perdonaros
(Abriendo la puerta y precipitándola dentro.)
como aquí os perdono yo!

ESCENA VI

DON RODRIGO y TEUDIA

TEUD. Pesar la dísteis profundo;
¿pero cuál será su suerte?

ROD. Más cerca está de la muerte,
mi buen Teudia, que del mundo.

TEUD. Luchar se ve en lontananza,
(Asomándose por la rendija de la puerta y observando.)
y juzgo quejar se oia...

ROD. Es la voz que en este dia
cumpliendo va mi venganza.

TEUD. ¿E iremos de gloria en pos
sin al moro castigar?

ROD. No saldré de este lugar
sin que luchemos los dos;
mas yo no sé de qué modo
encontraremos remedios...

TEUD. Para vengarse halla medios
en cualquiera parte un godo.

Por Veremundo enterado
estoy de todo el recinto,
y un camino bien distinto
tengo al infiel preparado
del que Egilona llevó.

ROD. ¿Y cuál es ese camino?

TEUD. No decirlo es mi destino,
por si la mente se erró.
Dejadme una parte á mí
de tan hermosa venganza.

ROD. En tí fundo mi esperanza.

TEUD. Y podeis fundarla...

ROD. Sí...

(Se dan las manos.—En este momento se abre violentamente la puerta secreta y aparece Abdalaziz, furioso y con el traje manchado de sangre.—Teudia se retira precipitadamente, y antes de desaparecer, dominado de un pensamiento, penetra por la misma puerta, que se cerrará sola y con rapidez.—Un instante de silencio, durante el cual Rodrigo y Abdalaziz se contemplan con fiereza. El primero cubierto con la celada.)

ESCENA VII

DON RODRIGO y ABDALAZIZ

ABDAL. ¿Pensásteis, por gozar vuestros amores,
que el acero traidor me mataria,
lejano de mis fieles servidores,
como muere una fiera á sangre fria?
¿Pensásteis que al gozar en mis dolores
brillante porvenir se os prevenia?
¡Sueño fué de la mente acalorada!
¡Descubierta está ya vuestra emboscada!
¡La máscara de hierro que os encubre
descorred á mi vista, que el guerrero,
el rostro no empañado nunca cubre
un corazon teniendo y un acero;
esa vil turbacion bien me descubre

que sois sólo un raptor, aventurero,
y á gente del honor y fe enemiga
con la mano Abdalaziz la castiga!
(Le sacude en el rostro.)

ROD. ¡Voto á Dios! ¡Ya firmásteis vuestra muerte,
enemigo cruel de la honra mia!
¿No os ha augurado el corazon, por suerte,
el nombre del que osado os desafía?
¿No conocísteis su armadura fuerte,
y su rostro que fuego despedia?...
¡Pues venid, que mi nombre ya os le digo...
Abdalaziz, me llamo... don Rodrigo!
(Se alza la celada.)

ABDAL. ¿Vos sois el que sin freno en las pasiones
deshonrásteis ¡adúltero! matronas,
siendo siempre el horror de las naciones
y la mengua y baldon de las coronas?
¿Vos, el autor de impúdicas traiciones,
asesino cruel de mil personas
que, cual fin de desastres tan prolijos,
no supísteis salvar á vuestros hijos?...

ROD. ¿Y vos, el que insultando al desgraciado,
desplegando la risa con el hecho,
presentarme quisísteis más vejado
ante mi noble ejército deshecho?
¿Vos con viles caricias profanado
habeis, infame musulman, mi lecho?
¿Vos sois el que acusais á don Rodrigo?
¿Vos, de la afrenta y la ambicion amigo?

ABDAL. ¿Vinísteis á buscar á vuestra esposa,
que con odio mortal siempre os miraba?
¿La encontrásteis acaso cariñosa
porque agudo puñal la amenazaba?
Oscurecióse la ventura hermosa
que la mente florida os presentaba,
pues al pisar mi Estado, el hado fuerte
os prepara el baldon, al fin la muerte.

ROD. Escúchame, Abdalaziz, un momento:
es muy justo morir; justa es la muerte;

pero tambien lo es que oigas mi acento
y todo el fatalismo de mi suerte;
comprenderás mi afan y mi tormento,
mas no por conseguir estremecerte...
mi contrario eres tú, ¡y aunque viviera,
de tu sangre en beber me complaciera!
Perdido ya mi cetro y mi corona,
cansado de luchar en aquel rio,
y observando que el cielo me abandona,
lejos quise vivir del suelo mio;
una senda tomé do no hay persona
que se oponga á mi cólera y mi brío,
y apenas la cruzaba diligente,
de Dios la saña amenazó mi frente.
¡Horrible tempestad bramó furiosa!
No alumbra el sacudido firmamento
sino la luz fulgúrea, caprichosa,
que hace el ronco fragor brille un momento;
de las aves la cántiga armoniosa
no revela de amor dulce conceptó,
y troncha el aquilon, que rudo muge,
cuanto se opone á su violento empuje.
En medio del horror y la pavura,
y sin poder lanzar hondo lamento,
henchido el pecho de mortal tritura,
los árboles caer de ciento en ciento
ví de próxima selva en la espesura,
y con horrible, atroz sacudimiento,
que en mis potencias infundió el desmayo,
la tierra alumbra fulgurante rayo.
Quise alzarme indignado; y, maldiciente
en el cielo clavando la mirada,
osado contemplaba frente á frente
al ser que mi delito castigaba,
y aumentando, sacrílego, el vehemente
y terrible volcan que me abrasaba,
dije con voz que retumbó en el suelo:
«¡Desafío la cólera del cielo!»
Aumentóse la lucha bramadora;

volvió iracundo á reventar el trueno
y á cruzar la centella silbadora,
lanzada de la nube por el seno;
mas de pronto una sombra aterradora
así me dijo con acento lleno,
despues de descender sobre una cumbre,
lanzando rayos de argentada lumbre:
«¡La lucha es impotente! ¿Tu ignorancia
»mi poder soberano ultrajar piensa?
»¿Quieres llegar hasta mi regia estancia
»y gobernar en mi legion extensa?...
»¡Nunca, nunca, Rodrigo! Una distancia
»á los dos nos separa, grande, inmensa;
»yo he podido elevarte sobre miles,
»y arrojarte despues entre reptiles.
»¡A un trono te elevé! ¡Mas tú, inhumano,
»con tus glorias presentes no contento,
»las espaldas volviste al soberano
»que te dió tan magnífico elemento;
»tú digistes, impuro: «¡De un tirano
»oir no quiero el caprichoso acento...
»arrostremos su cólera y su encono...
»guerra á su majestad! ¡Guerra á su trono!
»¡Lancémonos en pos de otros placeres
»que apaguen esta sed que me consume;
»gocemos el amor de otras mujeres
»á quien amar mi corazon presume;
»no hay para mí mandatos ni deberes...
»yo quiero un gozo que mi vida abrume,
»y aéreo levantar en el espacio
»un lascivo y terrífico palacio!»
»Y al remontar el atrevido vuelo
»en alas de tu loca fantasía,
»te desplomastes hasta el duro suelo
»cuando la luz del sol más relucia;
»por recompensa hallastes de tu anhelo
»cárcel eterna donde nunca hay dia,
»y cual gran recompensa á tu delito,
»ser de tu pueblo y de tu Dios maldito.

»Con todo, escucha: ¡Si el perdon imploras
»vestido con el sayo penitente,
»y noche y dia sin cesar deploras
»la ennegrecida mancha de tu frente,
»verás amanecer tranquilas horas,
»y lucharás con tu contraria gente!...»
Despues yo desperté como de un sueño,
y de una ermita me encontraba dueño.
Mas vino Teudia, y con su voz robusta
el letargo extinguió que me oprimia,
diciéndome: «¡Señor, la suerte adusta
aun puede convertirse en claro dia!»
¡Mi diadema brilló, solemne, augusta!...
Del traidor don Julian la voz oia,
y al saber la perfidia de Egilona,
«¡Venganza!»—dije—que el honor me abona.
Y á buscaros partí, feroz, sediento
de vuestra sangre, que mi mal confiesa,
para gozarme como perro hambriento
que al fin devora la anhelada presa.
Este es mi afan, mi solo pensamiento;
bien sé que he de morir en esta empresa;
mas ¿qué me importa? ¡Cumplo mi esperanza,
y muero con honor y con venganza!

ABDAL. Pues lánzate, monarca maldecido,
sobre mi cuerpo con tu aguda espada,
dando necios temores al olvido,
y su punta sepúltame acerada.
¡Yo te lo digo! Sí, yo, que he vivido
en lazos amorosos con tu amada;
yo, que he gozado bajo el mismo techo
los secretos divinos de tu lecho.

ROD. ¡Basta ya de razones; mi deseo
con el mismo puñal será cumplido;
sólo mi afrenta ignominiosa veo,
y la venganza sólo me ha traido!
¡Vais á morir al punto! (Se lanza á él.)

ABDAL. Yo no creo
que tan fácil os sea.

ROD. Me has herido
en la honra, Abdalaziz; es tu suerte.
ABDAL. ¡Antes á tí se avanzará la muerte!
(Abdalaziz ha ido retrocediendo hasta la puerta secreta, y al decir este último verso, se hundirá por ella con suma precipitacion.—Rodrigo se lanza á ella desesperado, con el puñal en la mano.)

ESCENA VIII

DON RODRIGO

ROD. ¡Aun más desgracia se vió
que la que mi suerte encierra!
¿Por qué no se abrió la tierra,
ó un rayo me dividió?
Pierdo por unos amores
reino, timbres y corona,
y aun infortunios mayores
el infierno en sus rigores
me prepara en Egilona.
No queda salvo un jinete
en los campos de Jerez,
y busco fin de una vez
en el hondo Guadalete,
y la suerte no permite
que halle en sus aguas la muerte...
En la ermita se repite
de nuevo la buena suerte,
no faltando quien me excite
á buscar lo que olvidé;
y al tocar ya la venganza,
que por segura juzgué,
tan halagüeña esperanza
tras ese moro se fué.
¿De qué puedo hacer alarde?
¡Morir!... ¡Idea horrorosa!
¡Y con muerte ignominiosa!
¡Con la muerte de un cobarde!

¡En hora triste nací!...
Si á este mundo desdichado
para sufrir fuí lanzado,
¿por qué me achacan á mí
lo que el cielo ha decretado?

ESCENA IX

DON RODRIGO y ALIATAR

ALIAT. ¿Don Rodrigo?
ROD. ¡Veremundo!
ALIAT. ¿Matásteis al moro ya?
ROD. ¡Ese es mi dolor profundo!
¡Desapareció!
ALIAT. ¡Bien está!
¿Por esa puerta sin duda
se ahuyentó?...
ROD. ¡Quién lo creyera!
ALIAT. Pues mal porvenir le espera,
que ya el trono no lo escuda.
Guardad bien esa salida,
y no temais mi tardanza.
ROD. ¿Adónde vas?
ALIAT. ¡No se olvida
del pecho la atroz herida!
¡A cumplir vuestra venganza!
(Al entrar por la puerta primera, sale por la secreta Teudia con el puñal ensangrentado.)

ESCENA X

DON RODRIGO, ALIATAR y TEUDIA

TEUD. Don Rodrigo, á la campaña
salgamos rápidamente,
pues sin deshonra en la frente
podeis luchar en España.
Ese rey moro que á vos

deshonraba en Egilona,
las cuentas de su persona
estará rindiendo á Dios.
Y es preciso, yo os lo digo
por vuestro bien, cual costumbre,
que el nuevo sol nos alumbre
en un suelo más amigo.

ROD. ¿Y Egilona?

TEUD. De su amante
sufrió la contraria suerte.

ROD. ¿El moro la dió la muerte?

TEUD. Aun lo ignoro en este instante;
pero de sangre un mar hecho,
imágen de la inconstancia,
en esa próxima estancia
se encuentra el infando lecho,
y á sus piés una persona,
con el seno atravesado,
tan solamente he encontrado.

ALIAT. ¿Y quién es, Teudia?

TEUD. ¡Egilona!

ALIAT. Y el moro, ¿cómo murió?

TEUD. Le aguardé tras esa puerta,
y apenas la atravesó,
una puñalada cierta
en el pecho recibió.

ROD. ¡Partamos!

ALIAT. Seguiros quiero.

TEUD. Vendrás sirviendo de guía.

ROD. Y cuando despunte el dia
te vestirás de guerrero.
¡Oh! Ya puedo al enemigo
presentarme sin desmayo,
y decirle á don Pelayo:
«Aquí teneis á Rodrigo;
si un loco y maldito amor
me quitó honor y corona,
la venganza de Egilona
ya me ha devuelto el honor.»

TEUD. Y para haceros más suerte
entre el valiente asturiano,
yo extenderé que mi mano
le dió á Abdalaziz la muerte;
y aunque siempre vaya en pos
de mi nombre atroz sentencia,
yo diré: «¡Juicios de Dios!...»
descansando en mi conciencia.
Pues la verdadera palma
no se encuentra en el ruïdo
del vil aplauso mentido,
sino... en el fondo del alma.

FIN DEL DRAMA

Esta Galería, fundada en 1830, comprende más de 700 producciones nacionales y extranjeras, y las obras siguientes:

	Reales.
Fígaro (D. Mariano J. de Larra): 4 tomos en 8.° con su retrato y biografía	80
Alvarez.—Derecho real: 2 tomos	30
Rossi.—Derecho penal: tercera edicion en un tomo	36
Arago.—Astronomía: 1 tomo	10
Poesías de **D. José Zorrilla**: 2 tomos	40
— de **D. José Espronceda**: 1 tomo	12
— de **D. Tomás Rodriguez Rubí**: 1 tomo	8
— de **D. Juan Eugenio Hartzenbusch**: 1 tomo	16
Arte de declamacion: por D. Cárlos Latorre	2
Memorias del príncipe de la Paz: 6 tomos	60

Y otras que figuran en los Catálogos

PUNTOS DE VENTA

En Madrid, en las librerías de los Sres. Hijos de D. José Cuesta, D. Antonio San Martin, D. Fernando Fe y D. Hermenegildo Valeriano.

En Provincias, en las principales librerías, donde se facilitan Catálogos.

Madrid.—Estab. tip. de E. Cuesta, á cargo de J. Giraldez, Cava-alta, 5